



REFLEXION

Apuesta popular: embates del presente y caminos del futuro/

Rosa Alayza

No resulta fácil, en estos tiempos, hacer un análisis político del país que no caiga en la trampa que parece estar tejiéndose en la sociedad peruana actual. Hay, últimamente, en la escena social y política, una acumulación de factores de diversa índole, que conspiran contra la apuesta que hacemos todavía muchos de que el país tiene futuro, y más aún, que en el pueblo organizado hay una trayectoria histórica que es indispensable fortalecer y renovar para mantener abierta la posibilidad de construir una nación democrática y justa.

Es insuficiente, y hasta riesgoso, apostar a mantener viva la esperanza sólo a fuerza de seguir bregando, cuando tenemos por delante un país que construir. Es urgente contar con diagnósticos que pongan sobre el tapete los problemas de fondo del Perú de hoy, pero al mismo tiempo necesitamos propuestas viables para desatar los viejos entrapamientos. Necesitamos articular entregas personales y colectivas a través de canales organizativos: sociales y políticos. Muchos de ellos hay que crearlos con la finalidad de que recojan lo más ampliamente posible la riqueza de la energía humana acumulada en cada rincón del país. Asimismo, hay que seguir avanzando en propiciar comunicaciones locales, regionales y nacionales de los distintos esfuerzos de construcción del país, como una invitación a otros a cooperar con esta tarea.

Los hechos a los que asistimos a través de los medios de comunicación o de nuestra experiencia directa, nos ponen cara a cara con la muerte. Ante ella se requiere tener a flor de piel sensibilidad y aprecio por la vida, no sólo por razones éticas, sino de sobrevivencia para todos los peruanos.

Pero, simultáneamente, la voluntad de combatir desde todas las trincheras por construir este Perú posible, es una actitud humana y política que una apuesta de esta naturaleza nos reclama. No debemos rendirnos ante la muerte lenta de incontables peruanos, como tampoco ante el impacto de las balas que provienen de cualquier bando. Tampoco podemos quedar presos en la esterilidad o en el fatalismo de esquemas de interpretación o maneras de vivir que no toman en cuenta la justicia y libertad como futuro posible.

Las situaciones extremas que atravesamos como país forman parte de nuestro diagnóstico, pero de ningún modo pueden agotar nuestra imaginación. Hay que superar un inmediatez que a veces parecieran reclamarnos las urgencias de la crisis. Tenemos que esforzarnos por ver los procesos más de fondo, que los hechos inmediatos no siempre explicitan, para poder medir qué está en juego y cuán indispensable es apuntalar el proceso popular, con respuestas inmediatas y sentido amplio del futuro, como voto de confianza en el país posible.

Sensibilidad y voluntad de combate por la vida, articuladas con interpretaciones y alternativas que toman en cuenta quiénes somos realmente los peruanos, incluida nuestra diversidad y los abismos sociales y raciales que todavía nos separan, son algunas condiciones indispensables para sostener personal y colectivamente una apuesta por que el Perú esté realmente en manos de los peruanos.

En las siguientes páginas presentaré los rasgos saltantes del tiempo presente y las consecuencias de la violencia política en la escena social y política. En estos escenarios se entremezclan factores que dibujan un panorama sin salidas políticas claras de construcción nacional.

En segundo término, quiero llamar la atención sobre los cambios producidos en el país en los últimos 20 años. Este marco de fondo puede ayudar a que nuestra visión del proceso político inmediato no sea simplista.

Finalmente, resaltaré la importancia de la fuerza popular organizada aún existente dentro del proceso de cambio de la sociedad peruana. Creo que en ella —aunque no sin límites— hay un caudal acumulado, que no ha desplegado totalmente sus potencialidades. Además, su experiencia histórica ha sido decisiva para la democratización social del país. Por eso su despliegue es hoy día un problema de sobrevivencia política nacional. La opción por una transformación popular y nacional está viva y vigente todavía, aunque la muerte con sus distintas facetas nos ronde permanentemente.

1. ESTOS TIEMPOS...

Los aspectos más saltantes del momento muestran un cuadro global poco alentador, que nos plantea la cuestión de: ¿cómo desde el presente se está construyendo el futuro del país?

La crisis y... ¿las salidas?

Este terreno nos confronta con un conjunto de experiencias de abandono, angustia, sufrimiento y frustración de los peruanos más pobres. También ha afectado de distinto modo a diferentes capas sociales, como los sectores medios, cuya estrechez y pauperización se amplían.

A mitad del gobierno del Presidente aprista Alan García, la política económica no parece ofrecer salidas reactivadoras claras en corto y mediano plazo. De la etapa reactivadora hemos pasado a las medidas devaluatorias, la consiguiente depreciación salarial, la escasez de divisas y una inflación acumulada que en abril llegó al 80 o/o. ¿A dónde vamos? ¿qué propuesta tiene el gobierno, más allá de las medidas ya tomadas? ¿qué proponen las otras fuerzas políticas? No parece haber respuestas claras.

Lo que sí está claro es que la reciente interpelación del gabinete ministerial por la Cámara de Diputados tuvo como uno de sus temas principales la política económica del gobierno. En esta ocasión los diputados de la oposición manifestaron el descontento de sus representados. Recientes encuestas de la empresa Apoyo S.A. (*) recogen una evaluación mayoritariamente negativa de la gestión económica (mala 33 o/o; muy mala 13 o/o y buena 11 o/o) y ponen de manifiesto la impresión de que se avecinan tiempos peores (52 o/o).

No sólo los sentimientos colectivos cuentan, sino también, en este caso, la ausencia de un debate serio sobre la situación y propuesta económica. Pocas semanas atrás hubo una competencia entre los técnicos de la oposición por vaticinar las peores cifras; ahora la oposición ha hecho lo mismo desde sus escaños en el Parlamento. El tremendismo verbal está demás ante una situación tan grave. Necesitamos la concurrencia de técnicos y políticos, pero no para mostrar quién puede dejar peor a su adversario político y ganar así puntos en la carrera electoral al 90. Se trata de tomar en serio nuestro presente y futuro como país. La gravedad de la situación actual debería llevar a poner de lado el canibalismo en la política, que parece aflorar con facilidad, para entrar a una confrontación política que tenga a las mayorías como referente del país.

Las fórmulas que parecieran tener una varita mágica no existen más, tampoco la gente creería en ellas después de tantos años de crisis. No hay

(*) Ver Caretas No. 1003.

capital extranjero ni revolución que automáticamente nos libren del problema económico. Parece crecer la conciencia de los peruanos en el sentido de que tenemos que contar con nuestras propias fuerzas para afrontar el problema económico, y de que la gestión y administración eficiente de nuestros recursos es un factor indispensable de cualquier diseño económico, dada la precariedad de los medios con que contamos.

Violencia: no a la guerra

Otro rasgo que salta a la vista es el recrudecimiento de las acciones violentas que han quitado la vida a tantas personas. Ellas están corroyendo lentamente el tejido social, cuando por obra del amedrentamiento, la inseguridad y la atomización social que producen, matan también la esperanza en la vida como actitud valorativa fundamental de muchos peruanos.

En el terreno de la violencia política, no basta subrayar la acción armada de grupos como SL y MRTA*. La ineficacia del gobierno actual para elaborar una propuesta de paz ha llegado al extremo de no cumplir los mínimos requisitos de su función, es decir, dar seguridad a las autoridades, a los pueblos. Atentados como el ocurrido en Andajes, en la sierra del departamento de Lima, son una cruel prueba de ello.

El grado del deterioro político del gobierno en este aspecto se evidencia en hechos cuyo sentido es acentuar el uso de la fuerza. Por ejemplo la propuesta del Ministro del Interior de restaurar la pena de muerte o la eventual instauración del estado de sitio, como remedio al recrudecimiento de acciones violentas y al llamado fenómeno terrorista. Han sido varias las ocasiones en las que sectores políticos y la opinión pública han debatido y desechado la validez y utilidad de la pena de muerte. No deja de ser grave el hecho de que subsista y se exprese, tanto en la esfera del estado como en la de la sociedad, una mentalidad totalitaria que confía en la coerción como camino de solución a problemas. ¿Cuánto crece dicha mentalidad? Es una pregunta que debemos hacernos.

No pretendo dar respuesta a una interrogante de esta naturaleza; pero tengo la impresión de que el totalitarismo se alimenta de reacciones primarias.

Las situaciones de enfrentamiento, las condiciones precarias en las que viven grandes sectores de peruanos, hacen aflorar con mayor "naturalidad" estos comportamientos en las personas, grupos e instituciones. ¿Cómo entender, si no, que persona presa sea persona torturada? ¿pura casualidad? ¿política institucional?

¿No es acaso en buena medida esta reacción primaria la que ha llevado

(*) Sendero Luminoso y Movimiento Revolucionario Tupac Amaru.

a sectores jóvenes y populares a buscar en Sendero Luminoso una opción eficaz de solución de los problemas políticos? ¿No ocurre también con frecuencia que el sentimiento de venganza está marcando las acciones de miembros de las instituciones armadas, al punto de abusar permanentemente de sus funciones?

Justamente en dirección contraria está trabajando la "Comisión Especial sobre causas de la violencia y alternativas para la pacificación nacional" que preside el Senador Bernales. Es estimulante el esfuerzo que está haciendo por involucrar a diversas instituciones estatales y privadas en el análisis y las propuestas de pacificación. Un antecedente cercano fue la Comisión que presidió el Senador Ames, sobre los sucesos de los penales, que demostró a la sociedad el valor de un trabajo democrático en el Parlamento, y sobre todo se atrevió a decir la verdad.

Por los ecos que recibimos de las zonas de emergencia, vemos que ellas son espacios locales o regionales en los que reinan el totalitarismo, la arbitrariedad y el abuso. En las zonas tomadas por Sendero no se respeta la organización del pueblo, ni sus costumbres; cada caserío es un apéndice del Partido y se les ha forzado a entrar en la guerra. El silencio y la desconfianza entre amigos y parientes se vuelve habitual, así como las amenazas de muerte y castigos. Las reglas del partido son las del pueblo, quíeralo éste o no.

Se sabe también de los cupos que Sendero cobra al narcotráfico en zonas selváticas; ello muestra cómo una política totalitaria y violenta no tiene límites para aprovisionarse de medios. La guerra revolucionaria lo justifica todo.

De otro lado, la estrategia aplicada para acabar con Sendero sigue derramando sangre inútilmente, al precio del descrédito y el desgaste de las instituciones armadas.

Asimismo, en términos globales, las acciones armadas muy especialmente el terrorismo de SL no convoca al pueblo hacia sus filas, como pudo ocurrir en otros momentos. Sin embargo, la presencia de Sendero en la ciudad de Lima, disputando a la izquierda el liderazgo del movimiento sindical y popular, no sólo muestra cambios en su táctica, sino que pronostica su presencia en eventos laborales y populares, enarbolando su estrategia de guerra, pero con formas distintas cuyos nuevos rasgos no son precisos aún.

En este sentido, es imperioso reforzar el liderazgo sindical y popular en una perspectiva de autonomía y defensa de sus organizaciones; así como impedir que se confundan estados de ánimo o necesidad de acciones de fuerza en el campo gremial, con la estrategia del enfrentamiento por el enfrentamiento para crear más caos del ya existente.

En consecuencia, si miramos las zonas de emergencia o lo que ocurre en Lima, vemos que es grave la ausencia de un contrapeso político, por parte de las otras fuerzas, frente a los grupos que se proponen la guerra como

estrategia, y que con su actividad afectan la legitimidad del sistema político vigente. Este constituye un campo válido de confrontación ideológica y política de diferentes propuestas nacionales, y de acumulación de fuerzas populares desde lo social y político.

Dicho en otras palabras, cuestiones como la estrategia de pacificación del país competen a todas las fuerzas políticas y suponen una movilización de la población por la paz desde los rincones más apartados. Ofrecer la paz significa, no sólo atender los problemas del crecimiento económico, sino proponer o hacer descubrir otras referencias ético-políticas por las cuales seguir viviendo.

Si, efectivamente, la guerra sucia ha cobrado hasta fines del año pasado 9000 víctimas*, no sólo ese número puede crecer sino que dicha guerra puede colocar a toda la sociedad peruana en un disparadero del cual no podamos recuperarnos sino pasadas varias generaciones.

Aun es tiempo de actuar apuntalando alternativas nacionales, locales y populares. Es tiempo porque todavía hay espacios posibles, energías dispuestas, experiencias locales y regionales que avanzan en esa dirección. Sin embargo, todos esos recursos son ya escasos y tienen que superar sus límites actuales para estar a la altura del problema que afrontamos como país.

La escena social: huelgas, marchas, paros.

Son muchos, y de origen diverso, los movimientos de protesta que, a lo largo de estos meses, se han estado expresando como reacción al creciente deterioro provocado por la situación económica, y es previsible que aumenten en los próximos meses. En este sentido se han sumado huelgas y marchas callejeras (transportes, salud, Indumil, bancarios, etc.), paros de protesta a nivel departamental (Cusco, Madre de Dios y Huancavelica), tomas de terrenos y sus consecuentes desalojos violentos en la mayoría de casos, en varios puntos de la ciudad de Lima (Villa El Salvador-Pachacutec, Puente Huáscar, Agustino, etc.), marchas por servicios en Pueblos Jóvenes (Huaycán, Villa María del Triunfo, Carabayllo, etc.). Cada día o noche, sea por el periódico o la T.V., asistimos al desarrollo de estos movimientos, como parte de la jornada cotidiana. No están ausentes las escenas violentas, que en algunos casos cobran vidas (la marcha de Huaycán, el paro de Madre de Dios).

En este aspecto, a la necesidad económica se suma la sordera o ineficiencia de las autoridades políticas para dar solución dentro de lo posible a las reivindicaciones en curso. La negativa al diálogo, la promesa incumplida, la actitud burocrática no facilitan el desenlace positivo y contribuyen al en-

(*) Desde abril del 80. Fuente de datos :DESCO.

frentamiento inútil. Desde el otro lado, quienes reivindican, pudiendo tener razón en su pedido, están también obligados a favorecer el diálogo y búsqueda de solución. Ni la justeza del reclamo, ni el manejo del poder justifican actitudes de buscar el enfrentamiento, en un caso, o de altanería y desprecio, en el otro. Todo esto lleva a preguntarse ¿cómo fomentar una actitud democrática de manera más amplia en la población, incluídas sus autoridades políticas, cuando lo que tenemos a la mano es la reacción instintiva de la cólera, el desprecio o la altanería?

La escena política

Ella tiene como centro el debate en torno a la gestión del actual gobierno. La interpelación, los cambios del gabinete y el simple hecho de estar a mitad de su período, se suman en el mismo sentido y le restan puntos en la campaña del noventa.

Desde hace un año, las cosas han cambiado mucho. En julio del 87, el gobierno y su nuevo gabinete hablaban de "concertación política"; pero una vez anunciada la estatización de la banca por el Presidente, todo ello quedó atrás. El movimiento conservador que se levantó contra la medida, así como las idas y venidas del gobierno, ocuparon buena parte del escenario político.

En medio de una coyuntura tan movida, en la que el gobierno es blanco de ataques desde varios flancos, llama la atención que no se vaticine un golpe militar; ello estaría mostrando lo estrechas que son las relaciones con las Fuerzas Armadas.

Actualmente, el balance de la gestión gubernativa está marcado por el inicio del proceso electoral del 90. Las críticas al gobierno por parte de toda la oposición se concentran en: la política económica, la política anti-subversiva y la capacidad de ejecución autónoma y ágil de los ministros y distintos poderes del estado.

Desgraciadamente, si bien la interpelación reflejó un sentimiento amplio de crítica al gobierno, la manera como se llevó a cabo el debate político no genera expectativas. Cada quien —gobierno y oposición— juegan su libreto ante las cámaras. ¿Qué imagen ha quedado? Un parlamento devaluado, una escasa posibilidad de comunicación entre representantes y representados, la política como ejercicio electoral.

El país necesita todo lo contrario: no tanto sancionar ministros sino políticas alternativas, no repartición de libretos sino debate, confrontación tucionalidad estatal; se requieren muchas opiniones e instituciones operando en comunicación, que canalicen hacia el cuerpo político la participación y opiniones de la población.

Analícemos rápidamente cada una de las fuerzas políticas. En primer lugar, la popularidad del Presidente y su partido ha decaído notoriamente, pasando en los nueve últimos meses de la popularidad a la falta de credibilidad. Se ha mostrado cierto tope en la apuesta política por el protagonismo individual.

En el campo de la oposición, vemos que la derecha no sólo levantó cabeza, sino que perfiló sus organizaciones (Fredemo, Unión formal-informal) y sus liderazgos, y acrecentó su influencia en los medios de comunicación, campos de batalla que ha ocupado bajo la bandera de libertad y democracia. Ciertamente, ella es la que encabeza la oposición política desde hace varios meses y está en campaña tratando de articular todos los resortes que la lleven al gobierno el 90.

No ocurre igual con Izquierda Unida, cuya fuerza mayor está en el campo social; pero la falta de una mejor orientación programática y liderazgo activo puede acabar por debilitar su influencia, aunque en encuestas recientes aparece como la fuerza política de mayores posibilidades para el 90 y, en la medida en que crezca el movimiento social de descontento sus opciones de liderazgo político podrían ser mayores. En los últimos meses ella ha estado tensando sus fuerzas en vista a su primer congreso, evento clave para la definición del perfil político y programático del frente, así como para los aspectos de organización centrales para una democratización interna del mismo.

Que Izquierda Unida procese a fondo cada uno de los aspectos señalados, será una muestra de su voluntad de gobierno y de transformación del país. No se trata sólo de llegar a acuerdos mínimos de sobrevivencia política, o de impedir el desbande de sus bases. La definición de su programa político exige la articulación de un sinnúmero de voluntades en una misma perspectiva.

Su peso en el movimiento social, así como su perfil político asociado a la denuncia, le dan un creciente contingente electoral. Sin embargo las exigencias actuales no están sólo al nivel de una mayor acumulación de votos, sino también de dar lugar a una convocatoria política que tenga realmente propuestas de gobierno serias y viables. He allí los problemas de definición política y programática que esta fuerza tiene que afrontar.

A diferencia de los anteriores, Sendero incursiona en la política desde el terreno de la guerra, compitiendo por el liderazgo sindical y popular que ejerce la izquierda. La ciudad es cada vez más su campo de acción. Asimismo, pretende erosionar la validez del espacio político nacional, y en particular electoral, impactando en la coyuntura a través de sus atentados y acciones en Lima. Así, el partido de gobierno y las autoridades elegidas son su blanco de ataque y la izquierda su competidor político inmediato.

El país va a continuar conviviendo con la violencia política por largo tiempo. Hemos visto cómo varios de los comportamientos antes analizados

alimentan la antigua separación del Estado respecto de la sociedad, traen consigo la deslegitimación del sistema actual como terreno en confrontación política y abonan las propuestas de guerra. Actualmente, es indispensable atacar la raíz estructural, y proponer —nacional, regional y localmente— alternativas políticas que canalicen las necesidades y aspiraciones de la población, involucrándola masivamente en una práctica política con perspectiva democrática y popular.

En otras palabras, pelear contra la crisis actual significa fortalecer a todo nivel la esfera de la política, en una perspectiva constructiva y democrática, y en oposición tanto a las estrategias de guerra que no han depositado su confianza en la fuerza popular organizada, como también al primitivismo que no ve más allá del enfrentamiento inmediato. La forja de actores sociales y políticos, de dirigentes y organizaciones con un profundo sentido democrático, es una garantía, en el presente, que todavía está en nuestras manos, para que un día la vida prevalezca contra toda violencia.

2. EL PERU HA CAMBIADO. . .

Si miramos globalmente el país, constataremos los cambios ocurridos durante los últimos 40 ó 50 años: Ellos se podrían resumir en el tránsito de un Perú marcado por el orden oligárquico, donde las mayorías urbanas y campesinas eran marginales y no referentes activos en la vida social y política, hacia un Perú que tiene dentro de sí una creciente presencia popular masiva, pero sin haber definido un marco institucional adecuado.

La destrucción del orden oligárquico está asociada, en buena medida, a las luchas populares por la tierra, por la salud, por la vivienda, por el trabajo. Los pobres reclaman ciudadanía a través de sus reivindicaciones. Este proceso heterogéneo y plural de reorganización del país cambió de alguna manera su rostro, de un país más rural a un país más urbano. Ha ido trastocando, poco a poco las viejas reglas de un orden social; pero no ha logrado gestar aún a nivel nacional un orden social alternativo. Aquí está, a mi parecer, uno de los problemas o grandes nudos que vivimos hoy día.

El Estado, si bien ha sentido la presión de los sectores populares, no ha sido suficientemente transformado a lo largo de estos años. De allí que el orden nacional actual parezca más bien una especie de desorden.

Esa presencia popular muestra muchas caras, y uno la puede leer con muchos signos; no solamente genera nuevas normas en experiencias como la organización y los valores democráticos que allí han surgido; sino que simultáneamente es caótica. Fenómenos sociales como el "achoramiento" o el individualismo, la necesidad de la gente de encontrar un modo de salir adelante a cualquier precio ante las circunstancias, son sólo algunas de las tantas caras del fenómeno masivo.

El Perú ha cambiado a fuerza de que muchos de sus habitantes se han

hecho reconocer ante los demás, ante las instituciones, y al hacerlo han ido mostrando la precariedad de éstas. Sin embargo, no hemos construido aún un orden nacional en el que esas múltiples caras tengan los espacios sociales y los interlocutores que necesitan. Incluso, a nivel intelectual, parecen ser insuficientes las categorías para interpretar los fenómenos sociales.

Tampoco es casual que en esta época surja desde la derecha una propuesta como la de Hernando de Soto. Desde sus propios marcos ideológicos conservadores, ha percibido el fenómeno de presencia masiva y lo ha interpretado, ofreciendo "El otro Sendero", que es la construcción del capitalismo en el Perú. De allí la importancia de su propuesta en el país y fuera de él: busca crear el orden capitalista con participación popular que este país nunca tuvo.

No se trata aquí de discutir la viabilidad o validez de esta interpretación, sino de subrayar su significado, y también de preguntar cuánto está marcada nuestra imaginación política respecto a la construcción del futuro, por este fenómeno de masas, y cuánto desde allí se cuestionan esquemas hechos a otra medida, quizá para otro tiempo, o en todo caso elaborados hoy, pero tal vez sin perspectiva de futuro.

Asumir la magnitud de este proceso significa pensar la construcción del país teniendo como referente activo a estas masas en ebullición con sus múltiples caras. Canalizar sus expectativas básicas sería una manera de ir afrontando la tarea de la construcción nacional.

Me parece que es central insistir en levantar esta trayectoria popular y sus avances a lo largo de 40 años de vida nacional, y tratar de encontrar la manera de que hoy día pueda aportar a la creación de un nuevo orden. De otro modo, parecería que el futuro del país está en manos de otros, que es una fatalidad. No se trata de darse el gusto de decir cuán interesante es la historia del movimiento popular peruano, qué distinto es de otros países de América Latina, o qué importante fue. Es clave volver a sopesarla, aún con la crisis, aún con esta falta de orden y de referencias éticas, frente a esta angustia y expectativa de la gente. Pese a la violencia política, la presencia popular se mantiene como un camino que se le opone. Valorarla ahí, en esa balanza, y no en el simple recuento del pasado, no es caer en una especie de optimismo barato; ya que, en efecto, el país se nutrió y transformó por acción de los sectores populares. Si estamos convencidos de esto, es necesario, en el presente, donde el caos y la violencia crecen, preguntarse realísimamente: ¿cómo toda esa gente y otra nueva es capaz de plantearse el problema del país en sus términos actuales, recogiendo su historia? Es decir, se trata de apuntalar la emergencia de sujetos sociales, asociados a la organización popular, pero simultáneamente también de construir los instrumentos políticos que hagan que esos sujetos sociales puedan ofrecer al país otro orden de cosas, con absoluta legitimidad. Apostar actualmente por la trayectoria del movimiento popular y explicitar la exigen-

cia política de ello, no implica defender el sistema actual, sino buscar como transformarlo, partiendo de su precariedad, para dar lugar a un orden que tenga como actores a las propias fuerzas populares por las que apostamos.

De allí que la pregunta inevitable sea: ¿qué hacemos con el país hoy día? Este no es un problema sólo para los que están en las organizaciones políticas sino para todos aquellos que creemos que han sido los sectores populares los que han buscado cambiar el país. Otra vez está allí la terrible dificultad, y simultáneamente la gran necesidad, de encontrar las maneras concretas de articular nuestra experiencia local con esta búsqueda de salida nacional.

3. A LA MITAD DE UN CAMINO

El derrotero abierto por esa pluralidad de grupos populares en los años 70 y 80 constituye una apuesta política vigente. Sin embargo, la persistencia de la crisis nacional, la emergencia de propuestas de corte violentista y totalitario, crean una serie de dificultades que pueden impedir la consolidación de dichas fuerzas populares como alternativa en el campo social y político.

Ciertamente, los contingentes populares organizados han conseguido un conjunto de victorias en el terreno político y social, a través de la reivindicación de sus derechos ciudadanos ante el estado y de una continuidad de acción que se apoya en sus propias fuerzas. Sin embargo, la crisis ha obligado a muchos grupos a concentrar sus energías en la sobrevivencia inmediata, sin hacer de ella siempre una ocasión de avanzar en conciencia y organización políticas.

Asimismo, la escasez de planteamientos y referentes políticos para la acción inmediata de los dirigentes populares y sus organizaciones, ha producido situaciones límite en las que una acción política eficaz ha sido muchas veces confundida con la acción violenta directa, como casi el único camino a seguir.

Desde el presente, podemos constatar que el movimiento popular es una fuerza significativa con potencialidades mayores aún que las ya mostradas. Pero, al mismo tiempo, constatamos que para avanzar necesita vencer una serie de obstáculos internos y externos, ampliando sus campos de acción y dando muestras de ser una real alternativa política nacional de transformación de nuestro país en una nación democrática y libre.

Desde esta perspectiva, todo aquel que apuesta y confía aún en la vitalidad de las fuerzas populares, no puede escapar a la exigencia de articular su tarea o campo concreto de acción con la problemática político nacional que está en juego. Allí se libra la batalla por la victoria nacional de estas fuerzas populares, así como por el futuro del país como nación. En otras

palabras, recorrer la otra mitad del camino es una cuestión de sobrevivencia política de los sectores populares, pero es también un problema de transformación social y política del país.

Por estas razones, los retos actuales para los grupos populares son su fortalecimiento organizativo y político, la gestación de dirigencias políticas populares, la articulación de la pluralidad de experiencias en instancias organizativas amplias que cohesionen los esfuerzos particulares y les den dimensión nacional o regional.

Fortalecimiento organizativo y político

Fortalecer el crecimiento de una perspectiva popular de masas en el país significa que estos grupos proyecten la dimensión política que su experiencia ya tiene. Hay, en el presente, varios elementos que apuntan en este sentido. Uno muy importante es la conciencia práctica del dirigente y del miembro de la organización popular de que su trabajo está en confrontación —aunque no fuera inmediata— con la estrategia de guerra, de un lado, y con el escepticismo e individualismo, de otro.

La conciencia de una competencia, o pugna incluso, con estas otras actitudes, imprime una dirección política amplia, pero importante, al trabajo popular. Asimismo, superar esas alternativas que juegan en contra de la organización popular, supone buscar para ésta canales de encuentro y relación local, regional, sectorial y nacional.

Producir articulaciones y comunicaciones

Hemos visto ya que la articulación de las experiencias, grupos y dirigencias populares a niveles mayores va siendo un problema que se va poniendo al nivel de la sobrevivencia en la política nacional.

En la actualidad hay un conjunto de movimientos reivindicativos dispersos. Su persistencia e incluso crecimiento parece segura para los próximos meses. En décadas anteriores se producía un nivel de articulación espontánea que correspondía al movimiento social en plena efervescencia nacional. En cambio actualmente, por la carencia de referentes políticos dinámicos, así como por los efectos más agudos de la crisis a nivel económico y la reciente presencia de SL, se tienden a acentuar los rasgos de dispersión. Se hace más necesaria, y más costosa al mismo tiempo, la articulación política viva y amplia. La precariedad de la situación actual se muestra en los desfases entre las demandas y aspiraciones populares y el ordenamiento social e institucional necesario para atenderlas y canalizarlas políticamente.

Puede resultar difícil, e incluso ajeno, para los dirigentes populares, entrar más activamente en el campo político. Sin embargo, dar esos pasos es la única manera concreta de impedir que la sobrecarga de exigencias que

provienen de la situación inmediata termine por agotar sus energías. ¿Cómo un estilo de trabajo y organización para el presente, está creando simultáneamente las condiciones para avanzar en el campo político?

Gestación de dirigencias políticas populares

La otra gran cuestión es mucho más compleja y se refiere a cómo estos sujetos populares, estas organizaciones populares, están gestando los instrumentos, las personas, los proyectos, las voluntades necesarias para pelear por un proyecto distinto de organización de este país.

Es evidente que la historia popular de estos años nos muestra que no es suficiente tener muchas organizaciones populares para cambiar la política del país. La política tiene su propia lógica, y mientras no la cambiemos el nuevo orden seguirá a medio gestar. La política ha sido afectada por la experiencia popular. También encontramos que las organizaciones populares, al ocuparse de las necesidades colectivas, desarrollan un quehacer político. Todo esto es nuevo. La novedad consiste no solamente en que la necesidad colectiva entra en el terreno político, sino que además entran más sectores a la política. No son sólo los especialistas los dueños de la palabra, sino que hay otros que saben y tienen algo que hacer y decir.

El problema es que quienes son nuevos en la política no tienen todavía sus propios canales y dirigentes nacionales que los representen en la esfera política. Para ellos hay un agotamiento en los esquemas políticos que ocasionan la división del trabajo entre especialistas de la política y cuadros medios. Su aspiración democrática, aún con sus actuales topes, es una potencialidad cuyo desarrollo es decisivo para la transformación del terreno institucional y político.

Conclusión

Quiero llamar la atención sobre la envergadura de la tarea señalada, no solamente por la situación actual, sino por la naturaleza misma del problema. Plantearse la democratización de la actividad política y del propio estado como exigencia para consolidar el derrotero popular y transformar al país, no es poca cosa.

Resulta paradójico y, por qué no, prometedor, que desde un continente pobre, desde un país pequeño como el Perú, surjan desafíos de tal envergadura. Ciertamente la defensa de la vida de los pobres, su tenacidad para ser considerados personas y actores de nuestra historia en un contexto histórico de opresión y violencia, nos han llevado hasta la raíz de los problemas. Desde allí podemos avanzar en un camino consecuente de defensa y valor de la vida que lo constituya en la gran norma que nutra la existencia del Perú y los peruanos en el futuro.



REFLEXION

Violencia y poder / Carlos Kenney

La situación de violencia que aflige al país en estos años constituye, sin duda, un grave problema que debe enfrentarse en muchos terrenos (1). Uno de ellos me parece ser el de la reflexión. "Los problemas relativos a la violencia... (permanecen)... hasta ahora muy oscuros..." (2) escribía Georges Sorel en 1906, refiriéndose más a lo epistemológico que a lo ético. Resulta que es en especial difícil reflexionar sistemáticamente sobre la violencia, en parte debido a la amplitud de sentidos que se le da al término.

En el ámbito de la política, nos hemos topado con el original y polémico ensayo de Hannah Arendt *Sobre la violencia* (3). Arendt, quien escribe al final de la década de los 60, reflexiona sobre algunos de estos problemas "oscuros". Trata de entender mejor la naturaleza de la violencia y la atracción y las consecuencias de su uso en la política. Parte de un contexto histórico distinto del nuestro, y desde criterios ideológicos que no necesariamente compartimos. Pero la lucidez de su análisis resulta francamente sugerente, abriendo, pero no cerrando, aspectos importantes del debate sobre la violencia. Quisiera entonces, en una primera parte, presentar la perspectiva de Arendt y, en una segunda parte, reflexionar brevemente sobre la violencia en el Perú a partir de la perspectiva de Arendt.

(1) El presente artículo es una versión corregida y aumentada de una ponencia dada en un seminario del Instituto Bartolomé de Las Casas, Rímac, en Octubre de 1987.

(2) *Reflexiones sobre la violencia* (1906), Madrid, 1976, p. 102.

(3) En *Crisis de la república*, Madrid, 1973, pp. 109-200. La discusión sobre poder y Alemania en 1906 y se doctoró en filosofía en Heidelberg en 1928. Exiliada de Alemania, vivió en Francia desde 1933 a 1941, año en que emigró a los Estados Unidos donde murió en 1975. Considerada como uno de los filósofos políticos más brillantes y profundos de nuestro tiempo, Arendt escribió más de diez libros, entre los cuales se destacan *Los orígenes del totalitarismo* (1958), *La condición humana* (1959), *Sobre la revolución* (1963), y *Sobre la violencia* (1969).

PRIMERA PARTE: PODER Y VIOLENCIA EN EL PENSAMIENTO DE HANNAH ARENDT

Uno de los problemas que analiza —quizás el central— es la relación entre la violencia y el poder en la política. El hecho es que la violencia y el poder muchas veces aparecen juntos, y que por eso tienden a ser confundidos. Para muchos, la violencia es algo así como una forma o manifestación extrema del poder. Es común afirmar también que el poder depende de y descansa en la violencia. En cambio Arendt afirma que no sólo la violencia y el poder pueden diferenciarse, sino que son, en esencia, opuestos. Plantea que la violencia es capaz de destruir el poder, pero nunca capaz de crearlo. Para ver por qué, quisiera presentar a continuación algunos de los planteamientos de Arendt.

En primer lugar, Arendt distingue dos maneras de concebir la relación entre la violencia y el poder en la política: una que tiende a ver esta relación en términos de continuidad (la violencia como extensión del poder) y la otra que la ve marcada por una discontinuidad profunda (la violencia y el poder como opuestos).

El poder que nace de la violencia

Según Arendt, esto de ver la violencia como una extensión del poder es una perspectiva bastante arraigada en el pensamiento político moderno, que cruza diversas posturas ideológicas:

“Si comenzamos una discusión sobre el fenómeno del poder, descubrimos pronto que existe un acuerdo entre todos los teóricos políticos, de la Izquierda a la Derecha, según el cual la violencia no es sino la más flagrante manifestación de poder. ‘Toda la política es una lucha por el poder; el último género de poder es la violencia’, ha dicho C. Wright Mills, haciéndose eco de la definición del Estado de Max Weber: ‘El dominio de los hombres sobre los hombres basado en los medios de la violencia legitimada, es decir, supuestamente legitimada’. Esta coincidencia resulta muy extraña, porque equiparar el poder político con ‘la organización de la violencia’ sólo tiene sentido si uno acepta la idea marxista del Estado como instrumento de opresión de la clase dominante” (4).

Para Arendt, la raíz de esta coincidencia estaría en lo que entendemos por poder. Como fuera que la coincidencia de los autores no-marxistas es la que le causa extrañeza (5), vuelve la mirada a ellos para ver cómo entienden el concepto de poder:

(4) *Ibid.*, p. 138.

(5) La posición de Arendt respecto a la violencia y la Nueva Izquierda es ilustrada por

“... el poder resulta ser un instrumento de mando mientras que el mando, nos han dicho, debe su existencia ‘al instinto de dominación’... ‘El poder —decía Voltaire— consiste en hacer que otros actúen como yo decida’; está presente cuando yo tengo la posibilidad ‘de afirmar mi propia voluntad contra la resistencia’ de los demás, dice Max Weber, recordándonos la definición de Clausewitz de la guerra como ‘un acto de violencia para obligar al oponente a hacer lo que queremos que haga’. El término, como ha dicho Strausz-Hupé, significa ‘el poder del hombre sobre el hombre’. Volviendo a Jouvenel, es ‘Mandar y ser obedecido; sin lo cual no hay Poder, y no precisa de ningún otro atributo para existir... La cosa sin la cual no puede ser: que la esencia es el mismo’” (6).

Según Arendt, estos planteamientos revelan un concepto de poder en el cual la esencia de poder es el mando. Llega así a una primera conclusión:

“Si la esencia del poder es la eficacia del mando, entonces no hay poder más grande que el que emana del cañón de un arma...” (7).

Es al concebir el poder como mando que se llega a pensar en la violencia como el último género del poder. Si se considera que la esencia del poder es mandar, el poder más grande sería el que nace de la violencia, porque ésta genera una obediencia perfecta e inmediata. Quien sigue esta lógica, dice Arendt, podría concluir entonces que “el poder nace del fusil”, según el aforismo de Mao (8).

El poder que nace del pueblo

Hay, según Arendt, una tradición de pensamiento político distinta a la señalada, pero de no menor trayectoria ni importancia. En esta segunda tradición, el poder no es esencialmente mandar, sino algo que nace del

la siguiente cita:

“Cuando más dudoso e incierto se ha tornado en las relaciones internacionales el instrumento de la violencia, más reputación y atractivo ha cobrado en los asuntos internos, especialmente en cuestiones de revolución. La fuerte retórica marxista de la Nueva Izquierda coincide con el firme crecimiento de la convicción enteramente no marxista, proclamada por Mao Tsé-tung, según la cual “el poder procede del cañón de un arma”. En realidad Marx conocía el papel de la violencia en la Historia pero le parecía secundario; no era la violencia sino las contradicciones inherentes a la sociedad antigua lo que provocaba el fin de ésta. La emergencia de una nueva sociedad era precedida, pero no causada, por violentos estallidos, que él comparó a los dolores que preceden, pero que desde luego no causan, al hecho de un nacimiento orgánico. De la misma manera consideró al Estado como un instrumento de violencia en manos de la clase dominante; pero el verdadero poder de la clase dominante no consistía en la violencia ni descansaba en ésta. Era definido por el papel que la clase dominante desempeñaba en la sociedad o, más exactamente, por su papel en el proceso de producción”.

Ibid., pp. 118-119.

(6) *Ibid.*, pp. 139-140.

(7) *Ibid.*, p. 140.

(8) “Problemas de la guerra y de la estrategia”, en *Obras escogidas de Mao Tsé-tung*, Tomo II, p. 231.

consenso del pueblo; y la violencia no es considerada como una forma extrema del poder, sino como algo distinto —y hasta contrario— a él:

“Cuando la Ciudad-Estado ateniense llamó a su constitución una *isonomía* o cuando los romanos hablaban de la *civitas* como de su forma de gobierno, pensaban en un concepto del poder y de la ley cuya esencia no se basaba en la relación mando-obediencia. Hacia estos ejemplos se volvieron los hombres de las revoluciones del siglo XVIII cuando escudriñaron los archivos de la antigüedad y constituyeron una forma de gobierno, una república, en la que el dominio de la ley, basándose en el poder del pueblo, pondría fin al dominio del hombre sobre el hombre, al cual consideraron un ‘gobierno adecuado para esclavos’. También ellos, desgraciadamente, continuaron hablando de obediencia: obediencia a las leyes en vez de a los hombres; pero lo que querían significar realmente era el apoyo a las leyes a las que la ciudadanía había otorgado su consentimiento. Semejante apoyo nunca es indiscutible y por lo que a su formalidad se refiere jamás puede compararse con la ‘indiscutible obediencia’ que puede exigir un acto de violencia. . . ” (9).

En esta tradición, el poder se revela como algo que reside en el pueblo y que permite su actuación en conjunto. El poder, nos dice Arendt:

“Corresponde a la capacidad humana, no simplemente para actuar, sino para actuar concertadamente. El poder nunca es propiedad de un individuo; pertenece a un grupo y sigue existiendo mientras que el grupo se mantenga unido. Cuando decimos de alguien que está ‘en el poder’ nos referimos realmente a que tiene un poder prestado de cierto número de personas para actuar en su nombre. En el momento en que el grupo, del que el poder se ha originado (*potestas in populo*, sin un pueblo o un grupo no hay poder), desaparece, ‘su poder’ también desaparece” (10).

Si el poder es algo esencialmente popular, algo que se origina en el pueblo y que depende de su unidad, esto trae importantes consecuencias para el poder político:

“Es el apoyo del pueblo el que presta poder a las instituciones de un país. . . Todas las instituciones políticas son manifestaciones y materializaciones de poder; se petrifican y decaen tan pronto como el poder vivo del pueblo deja de apoyarlas” (11).

Aunque aquí se tiene como referencia en primer lugar los gobiernos re-

(9) Arendt, op. cit., p. 143. *Isonomía* viene del griego *isos* (igual) y *nomos* (ley) y significa “igualdad ante la ley” o “igualdad de derechos”. *Civitas*, voz latina muy rica en sentidos, significaría aquí “el consenso de la ciudadanía”. Al referirnos a los griegos y los romanos, es bueno recordar que mientras concebían formas de gobierno en las cuales había una cierta igualdad entre los ciudadanos, su concepto de ciudadano era restringido: excluía, por ejemplo, a las mujeres y a los esclavos.

(10) *Ibid.*, p. 146.

(11) *Ibid.*, p. 143.

presentativos, Arendt enfatiza que lo afirmado no es menos cierto para otras formas de gobierno.

En cambio la violencia, anota Arendt, es distinguida por su carácter instrumental. A diferencia del poder, que depende del apoyo de las mayorías, la violencia “siempre necesita *herramientas* (como Engels señaló ya hace mucho tiempo)” (12). De allí, la distinción entre poder y violencia:

... la fuerza de la opinión, esto es, el poder del Gobierno, depende del número; se halla ‘en proporción con el número de los que con él están asociados’ y la tiranía, como descubrió Montesquieu, es por eso la más violenta y menos poderosa de las formas de Gobierno. Una de las distinciones más obvias entre poder y violencia es que el poder siempre precisa el número, mientras que la violencia, hasta cierto punto, puede prescindir del número porque descansa en sus instrumentos. Un dominio mayoritario legalmente irrestricto, es decir, una democracia sin constitución, puede resultar *muy formidable* en la supresión de los derechos de las minorías y muy efectiva en el ahogo del disenso sin empleo alguno de la violencia. Pero esto no significa que la violencia y el poder sean iguales.

La extrema forma de poder es la de Todos contra Uno, la extrema forma de violencia es la de Uno contra Todos. Y esta última nunca es posible sin instrumentos” (13).

Es así que emerge la distinción entre violencia y poder en la perspectiva de Arendt. El poder encuentra su origen en el pueblo y el poder político depende del apoyo popular; pertenece a las mayorías, aunque éstas pueden prestarlo a otros. La violencia, en cambio, es algo fundamentalmente instrumental y depende de herramientas; por lo tanto puede prescindir —hasta cierto punto— del apoyo de las mayorías.

Aunque la distinción entre violencia y poder es esencial para la perspectiva de Arendt, enfatiza al mismo tiempo que esta distinción no implica una separación absoluta. Al contrario, no hay nada más común que la combinación de violencia y poder, y nada menos frecuente que encontrarlos en forma pura; de allí la tendencia a considerarlos como si fueran la misma cosa. Según Arendt, resulta especialmente fácil en el caso del poder político concebirlo en términos de mando y obediencia, y considerar así a la violencia y el poder como iguales:

“Como en las relaciones exteriores y en las cuestiones internas aparece la violencia como último recurso para mantener intacta la estructura del poder frente a los retos individuales —el enemigo extranjero, el delincuente nativo— parece como si la violencia fuese pre-requisito del poder y el poder

(12) *Ibid.*, p. 112. cf. Engels, *Anti-Dühring*, (1878) Parte II, Cap. 3.

(13) *Ibid.*, p. 144.

nada más que una fachada, el guante de terciopelo que, o bien oculta una mano de hierro o resulta pertenecer a un tigre de papel. En un examen más atento, sin embargo, esta noción pierde gran parte de su plausibilidad. Para nuestro objetivo, el foso entre teoría y la realidad queda mejor ilustrado por el fenómeno de la revolución” (14).

Arendt escoge, entonces, el fenómeno de la revolución para demostrar la distinción entre poder y violencia en el ámbito político.

Revolución : cuando el poder se derrumba

Según Arendt, lo decisivo para el éxito o fracaso de las revoluciones tiene mucho más que ver con el poder que con la violencia. Si no fuera así, difícilmente se explicaría el éxito de las revoluciones del siglo XX en las cuales la capacidad destructiva de las armas a disposición de los gobiernos ha sido muy superior a las que tienen las fuerzas revolucionarias:

“En un contexto de violencia contra violencia la superioridad del Gobierno ha sido siempre absoluta. pero esta superioridad existe sólo mientras permanezca intacta la estructura de poder del Gobierno —es decir, mientras que las órdenes sean obedecidas y el Ejército o las fuerzas de policía estén dispuestos a emplear sus armas. Cuando ya no sucede así, la situación cambia en forma abrupta. No sólo la rebelión no es sofocada, sino que las mismas armas cambian de manos— a veces, como acaeció durante la revolución húngara, en el espacio de unas pocas horas. . . Donde las órdenes no son ya obedecidas, los medios de violencia ya no tienen ninguna utilidad; y la cuestión de esta obediencia no es decidida por la relación mando-obediencia sino por la opinión y, desde luego, por el número de quienes la comparten. Todo depende del poder que haya tras la violencia” (15).

Según Arendt, el derrumbamiento del poder en torno a las revoluciones revela cuánto la obediencia al gobierno depende del apoyo y asentimiento de la población. Es donde el poder se ha desintegrado, que las revoluciones se tornan posibles, si bien no ocurren automáticamente. En la revolución el uso de la violencia puede ser un factor importante, pero es secundario a la situación del poder.

La eficacia de la violencia” depende del poder que está detrás; la violencia por sí sola es ineficaz, inclusive para la dominación política :

“Nunca ha existido un Gobierno exclusivamente basado en los medios de la violencia. Incluso el dirigente totalitario, cuyo principal instrumento

(14) Ibid., p. 149.
(15) Ibid., p. 150-151.

de dominio es la tortura, necesita un poder básico —la policía secreta y su red de informadores— . . . Incluso el más despótico dominio que conocemos, el del amo sobre los esclavos, que siempre le superarán en número, no descansa en la superioridad de los medios de coacción como tales, sino en una superior organización del poder, en la solidaridad organizada de los amos. Un solo hombre sin el apoyo de otros jamás tiene suficiente poder como para emplear la violencia con éxito” (16).

El hecho de la predominancia del poder sobre la violencia es observable aun en el escenario donde menos esperaríamos encontrarlo: el escenario de la guerra :

“Y por lo que se refiere a la guerra, ya hemos visto en Vietnam cómo una enorme superioridad en los medios de la violencia puede tornarse desvalida si se enfrenta con un oponente mal equipado pero bien organizado, que es mucho más poderoso. Esta lección, en realidad, puede aprenderse de la guerra de guerrillas, al menos tan antigua como la derrota en España de los hasta entonces invencibles ejércitos de Napoleón” (17).

Violencia y poder en sus estados puros

Pero ¿siempre predomina el poder sobre la violencia? Hemos visto que el poder y la violencia son fenómenos esencialmente distintos, pero que suelen aparecer juntos. Además, al considerarlos en sus manifestaciones combinadas (por ejemplo, la dominación y la revolución), Arendt nos hace observar que el poder tiende a predominar. Sin embargo, si encontramos a estos fenómenos en estados que podrían llamarse puros, veremos que es posible que la violencia prevalezca sobre el poder :

“El choque frontal entre los tanques rusos y la resistencia totalmente no violenta del pueblo checoslovaco es un ejemplo clásico de enfrentamiento de violencia y poder en sus estados puros. En tal caso, el dominio es difícil de alcanzar, si bien no resulta imposible conseguirlo” (18).

Arendt recuerda en este contexto la experiencia de Gandhi, y observa que si ese movimiento muy poderoso y no-violento hubiera enfrentado a un enemigo distinto y más dispuesto al uso de la violencia (por ejemplo la Alemania de Hitler), probablemente habría predominado la violencia. En sus estados puros, la violencia (que depende de instrumentos) siempre puede destruir el poder (la capacidad del pueblo de actuar concertadamente). Puede inclusive constituirse en un instrumento eficaz de mando, pero lo que no puede hacer es crear poder.

(16) Ibid., p. 152.
(17) Ibid., p. 153.
(18) Ibid., p. 154-155.

La tentación de la violencia resulta obvia: mientras el poder político requiere la organización laboriosa del pueblo y depende de su apoyo siempre condicional, dominar por medio de la violencia solamente requiere un grupo armado relativamente poco numeroso. ¿Por qué, entonces, no es más común la dominación por la violencia pura? La respuesta, según Arendt, se debe a que el uso de la violencia no sólo resulta en la reducción del poder del enemigo, sino del poder propio:

“El dominio por la pura violencia entra en juego allí donde se está perdiendo el poder; . . . Reemplazar al poder por la violencia puede significar la victoria, pero el precio resulta muy elevado, porque no sólo lo pagan los vencidos; también lo pagan los vencedores en términos de su propio poder. . . . Se ha dicho a menudo que la impotencia engendra la violencia y psicológicamente esto es completamente cierto. . . . Políticamente hablando lo cierto es que la pérdida de poder se convierte en una tentación para reemplazar al poder por la violencia. . . . y que la violencia en sí misma concluye en impotencia. Donde la violencia ya no es apoyada y controlada por el poder se verifica la bien conocida inversión en la estimación de medios y fines. Los medios, los medios de destrucción, ahora determinan el fin, con la consecuencia de que el fin será la destrucción de todo poder” (19).

Aunque Arendt no lo explicita con toda claridad, me parece que según su perspectiva la pérdida del poder propio tendría dos causas; la pérdida de la legitimidad ante el pueblo y la destrucción de su capacidad organizativa. Por un lado, el excesivo uso de la violencia tiende a restar legitimidad al poder político y frente a ello el pueblo tiende a retirarle su apoyo, lo que significaría la pérdida de poder propio. Por otro lado, cuando con la violencia se destruye el poder del enemigo (su capacidad de actuar concertadamente), fácilmente se puede llegar a destruir indiscriminadamente la capacidad organizativa de todo el pueblo, lo que significaría la destrucción de la base del poder propio.

La destrucción del poder en términos de la capacidad organizativa del pueblo es más evidente en el fenómeno del terror:

“El terror no es lo mismo que la violencia; es, más bien, la forma de Gobierno que llega a existir cuando la violencia, tras haber destruido todo poder, no abdica sino que, por el contrario, sigue ejerciendo un completo control. Se ha advertido a menudo que la eficacia del terror depende casi enteramente del grado de atomización social. Todo tipo de oposición organizada ha de desaparecer antes de que pueda desencadenarse con toda su fuerza el terror. Esta atomización —una palabra vergonzosamente pálida y académica para el horror supone— es mantenida e intensificada merced a la

(19) *Ibid.*, p. 155-156.

ubicuidad del informador. . . El climax del terror se alcanza cuando el Estado policial comienza a devorar a sus propios hijos, cuando el ejecutor de ayer se convierte en la víctima de hoy, y éste es también el momento en el que el poder desaparece por completo” (20).

El empleo del terror para mantener la dominación, dice Arendt, nos demuestra cómo la victoria de la violencia sobre el poder resulta contraproducente. El terror implica la destrucción de todo poder, de toda organización; la atomización social. Por eso, aunque el terror puede lograr la dominación total por un tiempo, resulta finalmente inviable, porque al destruir todo poder, tiende hacia la parálisis del país.

La violencia y el poder son opuestos

Para resumir lo expuesto, nos remitimos una vez más al texto de Hannah Arendt:

“ . . . políticamente hablando, es insuficiente decir que poder y violencia no son la misma cosa. El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro. La violencia aparece donde el poder está en peligro, pero confiada a su propio impulso acaba por hacer desaparecer al poder. Esto implica que no es correcto pensar que lo opuesto de la violencia es la no violencia; hablar de un poder no violento constituye en realidad una redundancia. La violencia puede destruir al poder; es absolutamente incapaz de crearlo” (21).

Con estas palabras, Arendt resume su perspectiva sobre el poder y la violencia en el ámbito político (lo que constituye la parte central de su ensayo “Sobre la violencia”). Si bien la suya es una perspectiva polémica y ciertamente sujeta a debate, me parece que ofrece nuevos elementos para analizar y reflexionar sobre la violencia en el Perú de hoy. Es hacia esta tarea que quisiera dirigirme en la segunda parte de este trabajo.

SEGUNDA PARTE: PODER Y VIOLENCIA EN LA EXPERIENCIA PERUANA

En la actual situación de violencia, lo que hemos visto —lejos de ser un debate teórico poco útil— podría ayudarnos a comprender mejor la relación entre violencia y poder en la experiencia peruana. Estas reflexiones son ciertamente muy iniciales y tentativas, pero quisiera compartirlas con la esperanza de contribuir —aunque sea muy modestamente— a la comprensión de los problemas de la violencia en el Perú de hoy.

(20) *Ibid.*, p. 156-157.

(21) *Ibid.*, p. 157-158.

Desde una historia de opresión

La historia del Perú es una historia de dominación, en la que el uso de la violencia ha sido frecuente y brutal. No debe extrañarnos entonces, que por "poder" se entienda dominación, la capacidad de mandar, una dominación ligada a la violencia. Para el pueblo, hablar de los poderosos, del poder del estado, del poder económico, etc., es, en realidad, hablar de la dominación basada en la violencia. El poder, para muchos, significa en primer lugar la capacidad de dominación que una pequeña minoría ejerce sobre las grandes mayorías del país: tener poder es mandar y ser obedecido.

Que esta perspectiva esté presente en el discurso (a pesar de una retórica a veces popular), y más aún en la práctica de las clases dominantes, quizás no nos sorprende.

No se puede equiparar la dominación histórica con la lucha armada actual. Pero si comparamos las perspectivas de violencia y poder de cada una, encontraremos algunas semejanzas desconcertantes. Para la oligarquía, el poder significaba la capacidad de una minoría de mandar y exigir la obediencia de las mayorías, una obediencia muchas veces lograda por medios violentos. Pero por otro lado, cuando se concibe el poder como algo que nace del fusil, y se privilegia la acción militar como camino para generar o tomar el poder, me parece evidente que el concepto de poder operante es fundamentalmente el mismo: el poder como capacidad de mando, poder de minorías y no tanto el poder como capacidad de actuar convocando participación amplia, poder de mayorías.

Esto es especialmente notable en el caso del Partido Comunista Peruano-Sendero Luminoso. Según sus documentos oficiales, "lo fundamental en el pensamiento Gonzalo es el problema del Poder; en concreto, la conquista del Poder en el Perú. . ." (22). Indican, además que es Mao quien ha resuelto la cuestión de la conquista del Poder, estableciendo su tesis "El Poder nace del fusil". Ya hemos visto cuál es el poder que nace del fusil: el poder de mandar y exigir obediencia. ¿Quién entonces tendría el Poder en el Perú, quién mandarían? La respuesta la tenemos en las tesis "la línea ideológica lo decide todo" y "el Partido tiene que llegar a dirigir todo omnímodamente" (23). Esto significaría que se estaría reproduciendo viejos esquemas de poder en los cuales una pequeña minoría (en este caso, los que deciden la línea, los que dirigen el Partido) busca dominar a las grandes mayorías. Que se lo haga sinceramente en nombre de las mayorías, o para su supuesto beneficio, no es nada nuevo: casi todos los partidos políticos dicen representar los intereses populares. Hay que preguntar-

(22) *Documentos fundamentales del Primer Congreso del Partido Comunista del Perú*, p. IX, publicados en "El Diario", 7 de Febrero de 1988.

(23) *Ibid.*, p. IV y V.

se, sin embargo, qué hay de popular en lo que sería un regreso a la oligarquía (la dominación por un grupo reducido) o a la dictadura bajo un gran conductor como forma de gobierno. De acuerdo con la información que recibimos, el esquema de poder senderista se traduce frecuentemente en una práctica de dominación total, especialmente en las llamadas "zonas liberadas". Al parecer, en esta perspectiva la violencia no es sólo una necesidad transitoria para tomar el "poder", sino que se convertiría en un medio indispensable para generar "poder" y una necesidad permanente para mantenerse en el "poder" y para renovar la revolución periódicamente (24).

Si igualar violencia con poder es propio de un concepto "oligárquico" del poder, me temo que lo único que recibiríamos con el advenimiento de lo que se entiende por "Nueva Democracia" serían viejas formas de dominación oligárquicas y dictatoriales, pero inclusive llevadas a extremos totalitarios más allá de lo que hasta ahora se ha experimentado en el país.

En el caso del otro grupo importante embarcado en la lucha armada, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, encontramos discursos y prácticas más matizados, pero también más confusos. La lógica de Sendero parece más clara: si el poder nace del fusil, hay que matar para conquistarlo. La organización popular es completamente secundaria —o peor, un obstáculo— para la conquista del poder. El MRTA parece decirnos algo diferente: el poder nace del fusil y también de la organización popular. O bien, algo así como "el poder nace de la organización popular, pero ésta tiene que estar armada para que sea realmente poderosa". A mi criterio, el camino que privilegia la organización popular y el que enfatiza la acción armada son —en la actual situación del país— caminos bifurcantes, y es imposible seguir los dos simultáneamente. Parece cada vez más claro que la acción armada no solamente no fortalece la organización popular, sino que resulta —aunque sea a causa de la represión— en su debilitamiento. A pesar de un discurso en que se utiliza un concepto "popular" y "democrático" del poder, y a pesar de su retórica en favor del movimiento popular y de la simpatía que algunos le han mostrado en ocasiones, me parece que el MRTA estaría optando en la práctica por un esquema de poder de minorías que subordinaría al movimiento popular. Hay un desfase lógico en su planteamiento que resulta difícil de superar en la práctica.

(24) "Los marxistas-leninistas-maoístas, pensamiento Gonzalo nos reafirmamos en la violencia revolucionaria como ley universal para tomar el poder y en que es medular para sustituir una clase por otra. Las revoluciones democráticas son con violencia revolucionaria y, ante las restauraciones, recuperaremos el poder a través de la violencia revolucionaria y mantendremos la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado con violencia revolucionaria mediante las revoluciones culturales, y al comunismo sólo iremos con la violencia revolucionaria y mientras haya un lugar en la Tierra en que exista explotación la acabaremos con la violencia revolucionaria". *Bases de discusión del PCP*, publicadas en "El Diario", 3 de Enero de 1988.

Los pobres irrumpen en la escena nacional

¿Estamos condenados a escoger entre opciones políticas polarmente opuestas pero cuyos conceptos y prácticas de poder en gran parte coinciden? ¿Es la solución totalitaria, como afirman algunos (25), la única que corresponde a la historia del pueblo peruano? Semejante afirmación implicaría, a mi criterio, desconocer los cambios ocurridos en los últimos treinta años, años en que los pobres han irrumpido en el escenario nacional con sus luchas y sus organizaciones.

Ocurre, pues, que la experiencia de siglos de dominación por un lado, y la de los grupos embarcados en la lucha armada por otro, no son los únicos referentes de poder para el pueblo. Existen otras experiencias de poder, especialmente las de las organizaciones populares y el movimiento popular, en las cuales el poder viene a significar lo que señala Arendt: la capacidad de actuar concertadamente. Es a partir de estas experiencias y esta significación del poder que se percibe una relación entre el poder y la violencia muy distinta a la que acabamos de tratar.

Al organizarse para liberarse de la dominación por medio de luchas muy concretas, el pueblo descubre (para decirlo con conocidas consignas) que "la unión hace la fuerza" y que "el pueblo unido, jamás será vencido". Es que el poder del movimiento popular depende del apoyo activo que le preste la población: es un poder de mayorías, mayorías organizadas. La experiencia del movimiento popular enseña que la transformación de la sociedad dependería fundamentalmente de su propia capacidad de organizarse para esta transformación, de su capacidad de generar poder. Aunque sus luchas se ven a veces teñidas de violencia, principalmente por parte de las fuerzas represivas, es el poder —por medio de la organización— y no la violencia lo que constituye el fundamento y eje de la gesta popular. Y si bien la organización social del pueblo —y el poder social que ésta genera— es insuficiente por sí sola para constituirse en un poder político capaz de lograr las transformaciones urgentemente necesarias, es claro que no puede haber una organización política verdaderamente popular que no esté enraizada en la organización del pueblo, y que a la vez respete su autonomía.

Tal vez sea ésta una de las razones del rechazo sufrido por Sendero Luminoso en determinados lugares, y de su éxito en otros. Según entendemos, es frecuentemente donde el pueblo ha tenido una experiencia de po-

(25) Me parece que esto es lo que afirma Pablo Macera, al decir: "Para mi, la propuesta del socialismo totalitario no es personal, sino que es dictada por la experiencia colectiva peruana. He estado revisando el programa de Sendero en el que propone una militarización del país y estoy seguro que la otra opción extrema, que no sería precisamente de la derecha civil sino de la militar, intentaría también esta vía". Entrevista de Angel Paéz, en "La República", Domingo, 7 de Febrero de 1988, p. 13.

der (en términos de organización) que los esquemas y las prácticas autoritarios y violentos de Sendero han sido rechazados con más fuerza. Y parece ser, inversamente, que es en aquellos lugares donde el pueblo no ha tenido esta experiencia de poder, donde Sendero logra penetrar y dominar con más facilidad. Cuando la única experiencia de "poder" ha sido la de la dominación histórica de una minoría respaldada por medios violentos, es más fácil que el pueblo acepte la dominación por una nueva minoría violenta que promete mejorar su situación. Pero donde hay una experiencia de organización popular, ésta crea en el pueblo una conciencia de poder popular (el poder como la capacidad de actuar concertadamente), le ofrece una alternativa de transformación y le brinda algunos elementos para resistir la agresión violenta.

Si bien, entonces, partimos de una historia en la cual el "poder" frecuentemente ha significado la dominación de una minoría basada en la violencia, me parece que el discurso y la práctica de la lucha armada hoy en el Perú se erigen como un reflejo, y no como una superación de esa historia. En cambio, es en la experiencia del movimiento popular que el pueblo descubre y potencia lo que realmente constituye su poder: su capacidad de organizarse para actuar, luchar, construir y transformar el país.

Cuando la violencia destruye el poder

El problema con el recurso a la violencia para conquistar o defender el poder, según la perspectiva de Arendt, no es sólo un problema de opciones relativas a distintas formas de dominación política. De acuerdo con lo que hemos visto, el recurso a la violencia también resulta frecuentemente en una reducción del poder propio, en una pérdida de poder. Algunas experiencias en el contexto peruano ejemplifican ampliamente esta idea.

Por un lado, el excesivo uso de la violencia resulta en la pérdida de legitimidad. Cuando la población observa que la violencia utilizada por un grupo o por el Estado es, según su criterio, excesiva, tiende a quitarle su apoyo con la resultante pérdida de poder. Si la violencia está dirigida contra la población misma, ésta puede obedecer por miedo al actor violento, pero esto no es igual a apoyarlo.

Si pensamos, por ejemplo, en lo que ocurre en las zonas de emergencia, veremos que tanto Sendero como el Estado intentan imponerse por medio de la violencia. Lo que frecuentemente logran por medio de la violencia y por el miedo que engendran es que la población en cuestión les obedezca, sin que esto signifique un verdadero apoyo. Al contrario, me parece que uno de los obstáculos más grandes a la dominación senderista por un lado, y a la política antisubversiva del estado por el otro, es el hecho que la po-

blación ve sus excesos violentos como ilegítimos, y esto les resta confianza, apoyo y poder.

Veamos un par de ejemplos para ver cómo el uso excesivo de la violencia para conquistar o defender el poder puede resultar contraproducente:

Tomamos como primer ejemplo la masacre ocurrida en los penales en junio de 1986. El objetivo del gobierno, al parecer, fue "rescatar el principio de autoridad" amenazado por la toma de los locales penitenciarios por presos de Sendero Luminoso. Pero al recurrir a la violencia militar, lo que sucedió fue el asesinato de los presos, incluyendo buena parte de los que se habían rendido. La relación entre medios y fines se invirtió, ya que en vez de rescatar el principio de autoridad, los medios de destrucción elegidos determinaron el fin: la masacre de los presos. Como es sabido, el resultado ha sido, no el fortalecimiento del principio de autoridad, ni del poder del gobierno, sino por el contrario, la pérdida de legitimidad y apoyo popular y el consecuente debilitamiento de su poder. De hecho, este proceso de debilitamiento ocurre cada vez que el estado recurre excesivamente a la violencia: cuando tortura, cuando hay "desapariciones", "ejecuciones extrajudiciales", etc.

Con Sendero ocurre un proceso parecido: cada "asesinato selectivo", cada "aniquilamiento" de autoridades civiles indefensas le resta legitimidad frente a la mayoría de la población y constituye un serio obstáculo para su eventual apoyo. Uno de los casos más notorios en este sentido fue el asesinato, contra la voluntad expresa del pueblo de San Juan Salinas, de su alcalde de Nobio Huarcaya. Como se sabe, poco después de aquel asesinato, una columna senderista fue emboscada y sus miembros asesinados por fuerzas policiales. El incidente contribuyó a un repliegue de Sendero en la región.

La pérdida de poder ocurre no solamente a causa de la pérdida de apoyo popular, sino también a raíz de la destrucción de las organizaciones populares y las estructuras de poder local. En las zonas de emergencia, el primer resultado de la acción militar tanto de Sendero como de las fuerzas armadas tiende a ser la destrucción de toda organización popular. Se crea, así, la "atomización social" a la cual se refiere Arendt, y entran en competencia ambas fuerzas militares para ver quién puede causar más miedo en la población para asegurar así su obediencia. El recurso a la violencia irrestricta resulta en cada vez menos poder y cada vez más dominación violenta. Pero esta táctica también resulta contraproducente: la destrucción del poder local provoca la huida de los pobladores y el despoblamiento del campo, cuya dominación resulta entonces ilusoria. Ambos grupos armados se ven forzados a generar sus propias organizaciones (rondas campesinas militarizadas, bases de apoyo), para establecer una base de poder local que apoye su dominación.

Conclusión: Organizarse es vida

Eliminar, o por lo menos reducir la violencia en el Perú hoy pasa necesaria y principalmente por la construcción del poder: poder que nace del pueblo por medio de la organización de convicciones comunes y del consenso, que se plasma en organizaciones populares (y por lo tanto autónomas), y que busca mediaciones políticas adecuadas. Hoy en el Perú, defender la vida implica combatir las muchas violencias que la amenazan, construyendo y defendiendo el poder popular y democrático. Afirmamos así una intuición fundamental del pueblo que se ha ido expresando en el transcurso de las últimas décadas: organizarse es vida.